

Una tierra sin prejuicios / II y último

PERRY ANDERSON

El autor es profesor de la Universidad de California en Los Ángeles.

Entendida en este sentido, la spregiudicatezza aparece como un común denominador de las más variadas formas y fuerzas de la escena italiana.

No elimina las diferencias políticas entre ellas, como si en el cinismo fueran indiferenciables, sino más bien las baña en un éter general, que le da al contraste en technicolor de la batalla moral percibido desde cualquier parte, una distribución de medios tonos centelleantes, superficies de moiré que se alteran continuamente según el ángulo desde el cual son vistas.

Los ejemplos pueden multiplicarse a voluntad: el eminente teórico de la democracia, respetado universalmente como la personificación de los principios éticos que no siente ninguna repulsión ante los tanques que bombardean el parlamento ruso; el juez anteriormente incorruptible, la némesis de los subversivos, diciéndole palabras amables a las bandas de jóvenes de la República de Saló cuando su partido las necesita; el político en ascenso declarando en un momento a Mussolini el gran hombre de Estado del siglo xx y en el siguiente siendo reconocido como guardián de la Constitución por un veterano de la Resistencia; el fiscal sin temor, el mayor enemigo del soborno, acusando recibo de una limosina y un préstamo sin intereses de sus amigos hombres de negocios.

Que predomine el doble estándar no significa que los propios estándares sean siempre los mismos; los contrastes ideológicos y políticos son tan reales y vigorosos como en cualquier parte.

El pragmatismo ubicuo no impide tampoco que haya brotes genuinos de moral.

Ninguna cultura nacional es completamente coherente y sería un error menospreciar la intensidad de la indignación ciudadana ante Evadópolis ñque constituyó un telón de fondo excepcionalñ como insincera.

Pero en coexistencia con el disgusto de la población ante la venalidad del gobierno y oculta como una actitud negligente en el fondo, estaba la tradicional falta de prejuicios entendida generalmente: ¿cuál podría ser la descripción más adecuada de la indiferencia de los votantes ante la escandalosa reputación que tenía Berlusconi desde el principio? El gobierno de Dini trajo además una ilustración vívida de la misma sensibilidad.

La mayoría de sus miembros fueron elegidos por Scalfaro, cuyo papel en la presidencia fue exaltado por la izquierda poniéndolo como gran ejemplo de responsabilidad y probidad para la segunda república.

De hecho Scalfaro no era de los típicos demócrata cristianos del viejo orden que habían

adornado algunos de los gobiernos más execrados por los defensores del cambio de sistema.

De dicción untuosa, de tipo robusto y fuerte, en aquellos días se hizo a notar cuando, en una ocasión, sentado en un restaurante se levantó y abofeteó a una mujer desconocida de la mesa cercana por un vestido que le pareció muy escotado.

Sin embargo, durante cuatro años fue el ministro del interior de Craxi.

En este departamento de Estado, pese a la cascada de escándalos que agitaba Evadópolis, los funcionarios del sisde ñel servicio secreto que es el equivalente italiano al M15 ñ informó en 1993 que tenían la práctica de pasar un sobre mensual de 100 millones de liras, sin hacer preguntas, a las distintas cabezas del ministerio.

Se nombraron cuatro ministros.

Los fiscales romanos les abrieron investigaciones a dos de ellos, ambos ya políticamente estancados, y mostraron la inocencia del tercero que por casualidad se benefició con el dinero.

El cuarto era Scalfaro, ahora presidente.

Los fiscales se negaron a considerar cualquier evidencia en contra suya: culparon a los testigos, en la memorable formulación del fiscal en jefe Vittorio Mele, de "subversión" por sus testimonios "independientemente de que lo que dijera fuera verdad o no".

La izquierda ni pestañeó.

Una comisión de investigación de todo este asunto, encargada por un juez siciliano declaró a Scalfaro, a su debido tiempo, no culpable.

Cuando se formó el gobierno de Dini, el juez ñFilippo Mancuso ñ fue recompensado con el Ministerio de Justicia.

Pronto, sin embargo, surgieron las fricciones por su manera de tratar a los magistrados en Milán, considerada como vejatoria.

Scalfaro fue expulsado por su conducta, y la centro-izquierda promovió en contra suya un voto de no confianza en el Parlamento.

Cuando llegó el día de cambios en el Senado ñel debate fue televisado ñ, la desconcertante información de Mancuso en la tribuna, dada a conocer a una nación estupefacta, de que le habían pedido que alterara su informe sobre las tajadas de fondos para sisde por instigación de Scalfaro, lo envió a su palacio familiar, Gifuni.

El alboroto continuaba.

La centro-izquierda, con la indignación de haber sido difamada, condenó a Mancuso a la expulsión de su puesto y al olvido.

Un presidente que le había ahorrado a su país un peligroso sufrimiento en las urnas estaba bajo sospecha: únicamente los prejuicios lo asociaban con la malversación.

En el corto plazo estas acrobacias no fueron malinterpretadas.

Las tácticas de Scalfaro para demorar las cosas le dieron un respiro a la centro-izquierda, y D'Alema hizo buen uso de él.

Cuando se convocó a elecciones en la primavera de 1996, el pds encontró un candidato con credibilidad para enfrentar a Berlusconi en la persona de Romano Prodi ñun economista con educación católica muy respetado por su administración de la compañía estatal iriñ y consolidó una amplia coalición, reforzada con la enérgica imagen de El Olivo tras ella.

Berlusconi, por otro lado, era incapaz de restablecer su alianza con la Liga, que peleó sola la elección.

El total de los votos demostró un incremento real en el apoyo a la centro-derecha, pero como entonces estaba dividida y la centro-izquierda unida, el resultado fue casi la mayoría en el parlamento para el gobierno de El Olivo.

Prodi fue instalado como primer ministro.

La promesa de la coalición victoriosa fue la de una modernización coherente de la vida pública italiana, eliminando las anomalías nacionales y elevando completamente el país a los estándares occidentales.

En ese momento parecía seguro que le había llegado la hora a la segunda república.

En la comparación de estas victorias hay una agenda muy compleja.

El colapso de la primera república fue provocado por la corrupción y la criminalidad.

Pero en estos duraderos males otras dos presiones jugaron un gran papel.

La primera fue el Tratado de Maastricht, firmado en 1992, en el que se propuso "el criterio de convergencia" para entrar en la Unión Monetaria Europea.

Éste requería una drástica compresión de la deuda pública italiana y del déficit presupuestal, que por años había ascendido a los niveles de otra de las principales economías de la ue.

Además había grandes dudas sobre si Italia sería capaz de apretarse a tal grado el cinturón.

La segunda presión provenía del regionalismo del norte.

El ascenso de la Liga amenazaba con deteriorar la unidad del país si no se llegaba a ninguna solución federal.

Además de estas presiones supra y subnacionales para el cambio, estaba el trabajo no terminado, abandonado a causa de la sola crisis de 1992-93.

Por la mitad de la década el movimiento militarista de la mafia en Sicilia había sido aplastado y frenado el exceso de corrupción política.

Pero no se había establecido ningún orden legal estable: la justicia seguía siendo una palabra, no un sistema.

Se hablaba mucho de las deficiencias en la recaudación, administración y educación.

Y al final, pero no por ello carente de importancia, estaba el hecho de que el sistema electoral había probado ser insatisfactorio casi para todos; en vez de que se redujera el número de partidos en el Parlamento, como se pretendía, éstos se habían multiplicado.

Muchos argüían que para fortalecer el Ejecutivo se requería reescribir la Constitución.

Entre estas tareas, Prodi no tenía ninguna duda de cuál tenía la prioridad.

Por educación y temperamento, sus principales preocupaciones eran económicas.

Como primer ministro, su objetivo predominante era asegurar que Italia cumpliera con los criterios de Maastrich para entrar en la moneda única en 1998.

La norma, en esta versión, se concebía como total integración sin cualquiera de las derogaciones subrepticias del pasado a la economía europea liberalizada: emprender una rigurosa disciplina para controlar la inflación, reducir el déficit y moderar el volumen de la deuda pública.

En resumen, un marco macroeconómico ortodoxo, que aliviara donde fuera posible y Prodi estaba encargado de esto las tradicionales preocupaciones sociales.

Para alcanzar este fin, el gobierno de centro-izquierda fue consistente y efectivo.

Para la desagradable sorpresa de los banqueros alemanes, los objetivos de Maastricht fueron cubiertos, Italia entró en la Unión Monetaria, y se ha beneficiado desde entonces como nunca de los intereses más bajos en el pago de su deuda pública.

Este vigoroso esfuerzo no fue acompañado de una reforma hacendaria radical y Italia es todavía un país en el que el Estado le quita proporcionalmente más a los trabajadores que a los dueños de los restaurantes o a los abogados, pero al menos es una captación fiscal más efectiva y un poco menos inequitativa.

El costo de la convergencia fue también alto: el lentísimo crecimiento de cualquiera de las principales sociedades industriales en los 90 y casi ninguna reducción a los muy altos niveles de desempleo juvenil y regional, aproximadamente de 20% en el sur.

Aun así nadie se cuestiona que la entrada en la Unión Monetaria Europea fue el principal logro de la experiencia de El Olivo.

Fue también una de las continuaciones más obvias de las directrices del pasado.

Maastrich fue firmado, y en realidad en parte adaptado, por Andreotti, y uno de los ajustes fiscales más drásticos para implementar el Tratado fue obra de Giuliano Amato, un lugarteniente de Craxi en los últimos días de la primera república.

Así, Prodi actuó como un ejecutor competente de la herencia transmitida por la Democracia Cristiana y el psi de antaño, en la cual las elites financieras e industriales habían estado siempre unidas.

La integración económica no fue, sin embargo el mayor punto de modernización prometido por el eslogan de la segunda república.

Éste iba a ser la reforma constitucional, electoral y administrativa que le daría a Italia el tipo de gobierno honesto y eficiente del que sus vecinos gozaban.

Aquí no fue Prodi sino D'Alema y el pds los que estuvieron en la vanguardia desde el principio.

A principios de 1997 D'Alema presionó mediante la creación de una comisión bicameral, con él a la cabeza, para que se revisara la Constitución.

Como los cambios constitucionales requerían dos tercios del parlamento, tenía que haber entonces algún tipo de negociación con la oposición; el efecto de la Bicameral le dio espacio público para negociar inevitablemente con Berlusconi y Fini a expensas de Prodi como cabeza del gobierno.

En la comisión D'Alema, con la idea de conducirlos a ellos a un pacto para marginar a los partidos más pequeños del sistema político bajo un fuerte ñy si fuera necesarioñ ejecutivo semipresidencial, se desvió de su camino al expresar su respeto hacia ambos líderes, que en ese momento hacían a la izquierda objeto de los más fuertes oprobios.

Pronto los tres se intercambiaban elogios mutuos, como posibles compañeros en la tarea de traerle a Italia la responsabilidad y la claridad en el gobierno.

Esto tuvo como efecto que se le confiriera en silencio a Berlusconi un nuevo nivel de legitimidad.

Para los miembros más ordinarios del mismo pds, sin hablar de los otros apoyos del gobierno de El Olivo, esto fue muy duro de tragar.

Los cargos que habían ayudado a que Berlusconi se fuera para abajo en los primeros tres años eran para los estándares de Evadópolis muy poca cosa: recompensas a la Guardia di Finanza, una política hacendaria que no estaba bajo sospecha por sus propios requerimientos.

Pero para ese entonces Berlusconi había sido declarado culpable por los tribunales por estos cargos y por uno adicional de falsificación de las cuentas de su compañía, y por el fondo de Milán extendido a través del laberinto de las compañías de su consorcio.

Sin embargo, según la opinión de los legos, los diversos casos en su contra podían parecer todavía una cuestión técnica.

Pero a principios de 1996, micrófonos ocultos bajo los ceniceros de un bar permitieron arrestar al principal juez romano, Renato Squillante (su apellido significa "estridente" y a dos de sus colegas por el cargo de emitir un veredicto favorable a la cantidad convenida de 678 mil millones de liras de una quiebra bancaria para que fuera devuelta por la familia Rovelli, a cambio de sobornos de más de 60 mil millones de liras.

El juicio que se les siguió había empezado a partir de una guapa rubia traficante de antigüedades en Milán, Stefania Ariosto.

Cuando se introdujo en la política, Berlusconi se llevó con él dos de los más prominentes asesores legales, Vittorio Dotti y Cesare Previti, uno de Milán y el otro de Roma, que se odiaban entre sí.

Ariosto había sido la amante de Dotti, y posiblemente también de Previti.

Al ser cuestionada por el fondo de Milán, ella informó haber visto a Previti entregar grandes sumas de dinero en efectivo a Squillante en una celebración en un viaje en bote a lo largo del Tíber, y en otras ocasiones.

A su debido tiempo las cuentas de un banco suizo confirmaron un patrón de transferencias, entre Previti, dos de sus colegas y los jueces romanos, que se ajustaba exactamente a los sobornos por los que se les había acusado.

Más investigaciones indicaron que el propio Berlusconi había pagado cerca de medio millón de dólares a Squillante, a través de Previti, por una resolución favorable a su expropiación de los alimentos SME y de su grupo de proveedores.

La naturaleza de estos alegatos (el soborno sistemático de los principales jueces en la misma capital) sobrepasaba cualquiera de los escándalos anteriores en la caída de la primera república; la mayoría de ellos tenían que ver con la corrupción del Ejecutivo, no del corazón del poder Judicial.

Estos eran los antecedentes que los italianos, que leían en los periódicos los debates cordiales en la Bicamaral, eran invitados a olvidar.

A cambio de un trato constitucional, Berlusconi quería ponerle restricciones a los magistrados que D'Alema estaba dispuesto a considerar.

Pero las complicadas maniobras del pds en la Bicameral desataron eventualmente la hostilidad de la Liga ñique vio que había sido sacada del tratoñ y los cálculos de los astutos asesores de Berlusconi, que estaban contentos con el grado de absolución que había ganado éste, pero poco inclinados a dejar que D'Alema se pusiera los laureles como arquitecto del establecimiento de la nueva Constitución.

En el verano de 1998, después de muchos esbozos de programas, con cambios continuos, la oposición anunció abruptamente que no participaría.

Esto fue un golpe muy serio al pds, pero pocos meses después D'Alema se recuperó.

Desde el principio, el gobierno había dependido del apoyo en el Parlamento de una fuerza que no pertenecía a la coalición, la fracción del pci que había rechazado los términos de su transformación en 1989, y que, como Refundación Comunista, se había situado como un partido a la izquierda del pds.

Ese otoño, cuando con su presupuesto Prodi hizo también algunas concesiones para mantener alineada a Refundación, D'Alema aprovechó la oportunidad para hacerla caer.

Esto fue hecho con mucha sutileza, sólo dejándole entrever lo suficientemente a Refundación, mientras andaba en Latinoamérica lejos de lo que sucedía, la posibilidad de un gobierno más a la izquierda (que él dirigiría) y lanzando un ataque fortuito para asegurarse de que cualquier diputado dispuesto a la coalición presentaría su voto de confianza cuando él regresara.

Faltó un voto en la Cámara para que Prodi cayera, pero no fue derribado.

D'Alema mostró ser él mismo un maestro en la habilidad que Stendhal vio correctamente como particular de los italianos: el arte de la política como un ejercicio virtuoso de la voluntad subjetiva y de la inteligencia, sin ñcomo consecuencia de la larga ausencia de unidad nacionalñ percepción alguna de Estado que corresponda con una estructura objetiva de poder y obligaciones.

Esta es la combinación ya visible en Maquiavelo, cuya contraparte podría encontrarse en la cultura imperial de España que acabó con sus sueños.

Después de un intervalo razonable de días, la identidad del primer ministro no era una sorpresa.

La elegante maniobra de D'Alema tuvo un costo: el resentimiento de Prodi.

Cuando amenazaba con convertirse en un peligro, D'Alema fue neutralizado definitivamente al ser enviado a Bruselas como presidente de la Comisión de la ue, y pronto

salió del cargo.

Empero un espectáculo de intriga y división, que recuerda también los usos de la primera república, fue el que se le dio al público al dañar la credibilidad de El Olivo como una fuerza de renovación.

Todavía para el pds el golpe parlamentario era un paso necesario para la normalización de Italia en los términos de mayor importancia para su punto de vista.

Los herederos del pci eran el centro de la coalición gobernante ñde hecho la única organización esencialmente partidaria en ellañ, y a la que se referían libremente como el "accionista principal" del gobierno.

Pero todavía un prejuicio anacrónico los prevenía de llevarlos de un poder efectivo a uno simbólico, como decían que había ocurrido en otro país europeo.

Decidido a romper con este tabú, D'Alema se instaló él mismo en el Palacio Chigi.

¿Cuáles eran los frutos para la centro-izquierda de cerrar el abismo entre el pays réel (país real) y el pays légal (país legal)? La máxima prioridad del pds fue siempre la de cambiar el sistema electoral.

La reforma constitucional, pregonada tantas veces, fue siempre un medio para esto más que un fin: una astilla en las negociaciones con la derecha que al principio quería un fuerte poder presidencial.

Pero los antiguos comunistas no estaban solos en su deseo de una reforma electoral drástica que aboliera el detestado Mattarellum, el sistema híbrido confeccionado en las angustias de la crisis cinco años antes, que fue esencial para fundar una segunda república estable.

Casi toda la prensa pedía la reforma, mientras Segni y Panella, los autores del referéndum original que abolía la representación proporcional, promovían un segundo referéndum para terminar su trabajo.

Los partidos interesados recomendaban diferentes modelos extranjeros, la mayoría de inspiración angloamericana.

Pero por mucho la intervención más influyente y lúcida en estos debates provino de Giovanni Sartori, la autoridad mundial en sistemas electorales comparados, que tiene una cátedra en Columbia y columnas en Corriere della Sera, quien en una serie de brillantes polémicas coronó al modelo francés de una elección directa para la presidencia y dos vueltas para el voto de la mayoría.

Al pds no le encantaba la presidencia al estilo francés, temía que su personalización del poder le diera una ventaja a Berlusconi o a Fini.

Por lo que querían con urgencia la doble vuelta.

De hecho, ésta fue desde el principio su prioridad estratégica más importante.

La razón fue siempre clara: bajo las reglas existentes el partido se quedaba con 20% del electorado, era el partido más grande de la centro-izquierda pero uno de los más pequeños para los estándares europeos.

Incapaz de ir muy lejos en una competencia abierta, necesitaba una restricción en el nivel de votación de los votantes para eliminar a sus rivales de la izquierda y algunos de sus derechos potenciales.

El pds quería quitarle cualquier oportunidad a Refundación ñuna fuerza capaz de atraer a los votantes descontentos de las filas del pdsñ y liberar al gobierno de centro-izquierda de esa inoportuna presión externa.

Este era, sin embargo, un objetivo que parecía implícito.

Sartori, más franca y consistentemente, argumentó que la doble vuelta era vital para acabar con la Liga y Refundación, como par de amenazas para el surgimiento de un orden estable, no ideológico, en el que todas las políticas tendían a convergir en un centro liberal.

Una gran cantidad de energía fue invertida por D'Alema y su partido tratando por cualquier medio de forzar este cambio, con la esperanza de que Berlusconi lo encontrará también ventajoso.

Pero, aunque influido por los tiempos, Berlusconi pronto se dio cuenta de que la ruta más rápida para llegar al poder era la renovación de su alianza con Bossi, quien era absolutamente hostil a la doble vuelta.

El posible resultado de cinco años de continuos y cada vez más desesperados esfuerzos del pds por cambiar las reglas del juego político era muy poco satisfactorio.

Después de las intensas demandas de la doble vuelta, basada en el modelo francés, cuando D'Alema salió del gobierno en la primavera de 2000, faltando sólo un año para nuevas elecciones, el pds de pronto respaldó el referéndum de Segni-Panella para completar el primer paso del sistema de distribución con cuño británico (que había sido rechazado hasta ese momento) y cuando eso fracasó, pusieron su fe en un sistema completamente proporcional acorde con el perfil alemán (odiado durante una década), todo esto solamente como una forma de evitar el fracaso que se vislumbraba en las elecciones que vendrían.

Sería difícil imaginar un peregrinaje más inútil e ignominioso de oportunismo interesado.

También quedó poco del programa de reforma constitucional.

La mayor demanda era en realidad la necesidad de una reforma de la justicia italiana, con su mezcla del fascismo que se derivaba del código legal, los poderes arbitrarios que surgían, los procedimientos caóticos y las condiciones carcelarias.

Aquí, de verdad, había permanecido un panorama sin comparación con cualquier parte del Occidente europeo.

No hay habeas corpus en Italia, allí cualquiera es puesto en prisión sin cargos durante tres años, bajo un sistema de custodia cautelare ñ"detención preventiva"ñ que es responsable del encierro de más de la mitad de la población en las cárceles del país.

A los testigos no sólo se les garantiza inmunidad de ser procesados bajo las reglas de "arrepentimiento" o pentitismo: el Estado les puede pagar por un testimonio oportuno sin que tengan incluso que aparecer en la Corte, o sin cualquier registro visible de lo que recibieron por su información, quizá en los sobres de papel Manila que, de acuerdo con las investigaciones de síse, se metían al bolsillo Scalfaro y sus semejantes.

En la magistratura no hay separación de carreras y poca entre las funciones de los fiscales y los jueces: en italiano corriente, al igual que en francés o en español, a quienes tienen cargos se les identifica simplemente con el supuesto de la evidencia que pesa sobre ellos, como giudici.

En las propias cárceles cerca de 50 mil internos viven apretados en una cantidad de celdas construidas para la mitad de ese número.

El sistema de procesamiento tiene tres etapas, la duración promedio es de diez años, y la acumulación de los casos en las cortes es ahora de más o menos tres millones.

En esta jungla, la sola ineficiencia rivaliza con la brutalidad, en parte mitigándola y en parte agravándola.

Este fue el sistema que de pronto fue movilizadopor los magistrados en cruzada contra la corrupción en el norte y contra la mafia en el sur.

La valentía y el vigor personales con el que estos mismos recursos se aplicaron contra estos males no tienen precedentes en la historia reciente de la administración italiana.

En Sicilia los investigadores arriesgaban su vida diariamente.

Pero ellos también eran producto de una cultura que hace a un lado los escrúpulos.

La custodia cautelare se utilizó deliberadamente como instrumento de intimidación.

Formas ilegales para hacerse de la información eran empleadas regularmente para capturar a los funcionarios titulares.

La evidencia de corrupción era reunida sin escrúpulos: en el caso contra Andreotti , un testigo clave del Estado era un criminal que cometió desvergonzadamente otro crimen mientras estaba en la nómina de las autoridades por su declaración.

Cualquier intento de separar las carreras de fiscal y de juez era atacado ferozmente.

La lógica de estas prácticas era siempre la misma.

Italia estaba en estado de emergencia; la justicia no podía ser demasiado amable en cuanto a derechos individuales.

Pero por supuesto, al no obedecer sólo a una emergencia, estas prácticas se perpetuaron.

Un continuo desacato de la ley no se va a aliviar doblegando sus principios.

"Voltearemos Italia de adentro para afuera, como un calcetín", declaró Piercamillo Davigo, la mente más clara de los investigadores de Milán, como si el país fuera una pieza del cesto de la ropa sucia.

En la cumbre de la fama de Mani Pulite en la primera mitad de los 90, cuando su fiscal estrella Antonio Di Pietro alcanzó el máximo rating de los medios de comunicación, en la izquierda se expresaron algunas dudas sobre el trabajo de los magistrados.

Al mismo D'Alema nunca se le atrapó en esta acrítica aclamación.

Pero aquí también los cálculos a corto plazo pasaban por encima de cualquier serie coherente de principios.

Como su mayor parte era consciente de la popularidad de los magistrados, el pds buscó capitalizarla a su favor.

D'Alema llegado un momento reclutó a Di Pietro como senador en un asiento seguro en 1997, y a la vez apoyó las credenciales de Berlusconi como líder nacional, independientemente de los cargos en su contra.

Pese a cualquiera de las sospechas que se hubiesen tenido en las altas esferas del partido, no se criticaron públicamente las peores características de la justicia italiana: detención preventiva, testimonios mercenarios y fusión de los fiscales y los jueces.

El campo quedó entonces abierto para que la derecha convirtiera el asunto en algo más justificable, con un cinismo que sólo la desacreditaba.

En este campo de fuerzas, no era posible por el momento ninguna reforma estructural.

Al final de los cinco años de gobierno de El Olivo, los magistrados se extralimitaron al perseguir a Andreotti con un surtido de flamígeras acusaciones de las que fue absuelto, pero fallaron en confirmar los mucho más plausibles cargos en contra de Berlusconi.

Mientras tanto Italia era invitada al trágico espectáculo de la puesta en prisión de la cabeza del Fondo de Milán, el alabado Adriano Sofri, con base en la evidencia de un pentitismo, del que la izquierda al defenderlo a él nunca se quejó.

Las condiciones en el sistema carcelario seguían siendo tan desastrosas como siempre.

En cualquier parte el desempeño de la centro-izquierda es más digno, pero en ningún lugar es tan notable.

Las regulaciones administrativas han sido simplificadas hasta cierto punto, pero nada menor para la ciudadanía, en un país con cerca de 50 mil leyes, en Alemania son aproximadamente cinco mil y los recursos fiscales recaen en las regiones.

En la educación superior se ha visto una reforma limitada del sistema universitario, en el que tradicionalmente tres cuartas partes de los estudiantes nunca se gradúan; pero sin muchos subsidios, sigue siendo probable un progreso significativo.

Por otro lado, la oportunidad de mejorar la calidad de los medios de comunicación se vino abajo cuando el PDS, en su búsqueda de un trato con la cabeza de los representantes de los medios en la Bicameral, escogió rechazar los plazos límite establecidos independientemente por la Corte Constitucional para la franquicia televisiva de Berlusconi.

En política exterior, D'Alema hizo que el país se evitara el bombardeo de la OTAN a Yugoslavia, un paso más allá de la democracia cristiana, que siempre se sometió a la voluntad de Estados Unidos.

En general, la centro-izquierda mostró menos independencia de Washington que en el Medio Oriente y también en los Balcanes que la que mostraron los regímenes de Andreotti o Craxi.

Poco en este historial fue calculado para inspirar entusiasmo a los electores de la coalición de El Olivo, dejando solos a quienes votaron contra ella.

En la primavera de 2000, las elecciones regionales condujeron a la centro-izquierda a un duro fracaso.

Con el recuento nacional hecho después de sólo un año, D'Alema se fue muy abajo como para evitar ser responsable del inminente fracaso.

El político más astuto de su generación, quien alguna vez después de una reunión con Blair dijo nada más: "manca di spessore", (falta la consistencia).

Pero si nota la paja en el ojo ajeno, la sonrisa vacía del disc-jockey, no la ve en el propio.

No hay duda de que su cultura sea un poco más sólida.

Pero esto no es suficiente.

Un exceso de astucia táctica y una falta de reflexión sobre las ideas: el resultado probable era una reducción autodestructiva de los clichés neoliberales estándar, y de incluso los

pocos restos de la "socialdemocracia europea" a los que el pds aspiraba por su nombre.

El partido habría hecho mejor si hubiera seguido siendo fiel a Prodi ñquien era respetado por el puebloñ y aceptado las reglas con las que fue electo.

Los votantes habían buscado El Olivo para un gobierno equilibrado, y esto fue frustrado por las ambiciones de D'Alema.

Tal como fue, la experiencia de la centro-izquierda cayó en un círculo completo, cuando su último primer ministro se convirtió en la primera restauración de la década, el antiguo consejero de Craxi, Amato.

Comprensiblemente, no importaba presentarlo como su candidato para pelear con la centro-derecha al año siguiente.

En estas condiciones, se veía de antemano la victoria de Berlusconi en mayo de 2001 ñcon Bossi afianzando una vez más su flanco en el norte y Fini en el sur.

La variación real de los votos, al igual que en las elecciones anteriores, fue pequeña.

La centro-derecha, que ya tenía una mayor parte de la preferencia de los votantes en 1996, se convirtió en ese momento en la mayoría parlamentaria aplastante.

Berlusconi mantuvo a sus seguidores entre las amas de casa, los católicos conservadores, los pequeños empresarios, los ancianos y las personas de treinta años.

Pero ahora la renombrada Casa de las Libertades obtuvo también más votos que la centro-izquierda de la masa de la clase trabajadora en el sector privado.

La clave de la escala de esta victoria radica en el veredicto condenatorio que el electorado hizo del historial de la centro-izquierda en el poder; muchos de los que realmente votaron por El Olivo confesaron que tenían más confianza en la capacidad de la centro-derecha para resolver los diversos problemas que enfrentaba el país.

En los dos epicentros de la crisis de la primera república, Lombardía y Sicilia, Berlusconi consiguió llevarse casi todos los votos.

Retrospectivamente, la centro-izquierda está pagando la factura de sus maniobras por abortar la administración de Berlusconi en 1994.

En ese entonces su mayoría parlamentaria era por mucho más pequeña; su experiencia política, menor; su imperio financiero más débil y su legitimidad más frágil.

Ganando tiempo para ella, no dejándolo entrar en el poder, la centro-izquierda lo único que posibilitó es que se preparara más para ejercerlo.

En este momento la posición de Berlusconi es mucho más fuerte.

Forza Italia ya no es más una fachada sino un partido eficaz, capaz de tener un papel algo más cercano al de la Democracia Cristiana de los viejos tiempos.

Fininvest se ha recuperado de sus dificultades.

Es improbable que sus aliados lo desafíen pronto.

Sus oponentes le han concedido la categoría de líder nacional.

¿Podría Italia estarse colocando en la perspectiva de un autoritarismo progresivo, organizado de nuevo alrededor de un culto a un líder carismático, esta vez basado en un control de los medios de comunicación sin precedentes y no en los pelotones y el aceite de las fundidoras? Hay dos realidades estructurales que hablan en contra de esta idea.

El fascismo llegó al poder como una respuesta a las amenazas de abajo: el peligro de que la revolución a la que Gramsci le dio la bienvenida en Rusia se pudiera extender a Italia.

Este fermento ya no está en las capas más bajas.

La clase trabajadora está atomizada, no hay consejos fabriles, el pci ha desaparecido, los impulsos radicales entre los estudiantes y la juventud han palidecido mucho.

El capitalismo en Italia, como en cualquier parte, nunca se había visto más seguro.

Históricamente, la segunda condición del éxito de los fascistas fue la autoafirmación nacionalista, la promesa de un Estado expansionista capaz de atacar a sus vecinos y de tomar los territorios por la fuerza militar.

Eso también ya pasó.

Los días del Estado autoritario se han ido.

Italia está estrechamente entreverada en la Unión Europea; su economía, su ejército y su diplomacia son todos objeto de un control supranacional que deja poco campo para cualquier tipo de política independiente.

El marco ideológico y legal de EU excluye cualquier apartamiento del régimen democrático liberal estándar.

No hay ninguna posibilidad de que Berlusconi se convierta en una versión actualizada de Mussolini.

Programáticamente no es mucho lo que separaba a la centro-derecha de la centro-izquierda en la contienda electoral del año pasado.

La agenda común de los gobiernos a todo lo largo del mundo ñprivatización de los bienes

que permanecen en manos del Estado, desregulación del mercado laboral, desaparición de los subsidios públicos, y bajar las tasas impositivas es parte del repertorio de ambas.

Habría que ver lo lejos que irá en su proceder con estos remanentes la Casa de las Libertades.

A la educación y a la medicina privada se les soltarán más las riendas.

Berlusconi también ha prometido medidas más duras contra los inmigrantes, cuyo destino éste es uno de los terrenos en Europa en los que la ultraderecha tiene espacio y se pondrá ciertamente peor.

Pero en la dirección socioeconómica general, lejos de representar cualquier forma de reacción, el régimen de Berlusconi, en el juicio de la prensa financiera, es ya sospechoso de haber sido demasiado moderado. Es decir, insuficientemente comprometido con el mercado, desconfía de sus compromisos de lanzar un gran programa de obras públicas y de dirigir la inversión a crear un millón y medio de nuevos empleos.

En EU, el nuevo gobierno ha sido automáticamente menos complaciente con la opinión del establishment que su predecesor, ganándose ceños arrugados en Bruselas y quejas de la oposición en Roma que están poniendo en peligro la reputación de Italia en el exterior.

Pero esta autoafirmación no pasa de ser esencialmente un gesto, que no alcanza más que a escapársele al aburrido funcionario de la OMC que se había impuesto primero allí como ministro de Relaciones Exteriores, y que se había peleado por la ubicación de una rama gubernamental de la burocracia alimentaria norteamericana.

Con cuestiones de tan poca monta es improbable cualquier apartamiento grave del euroconformismo actual.

Todo esto podría sugerir que el resultado del gobierno de Berlusconi llegue a ser tan poco excepcional como el de su más cercano aliado en Europa, la centro-derecha en España.

El partido de Aznar, después de todo es descendiente directo de un régimen fascista que duró el doble que el italiano y que asesinó a muchos de sus ciudadanos; todavía hoy es un verdadero modelo de corrección política; es ciertamente el interlocutor favorito de los emisarios de la tercera ola de Londres.

¿Qué detiene a Forza Italia para emular al Partido Popular y convertirse en otro de los indistinguibles miembros del acuerdo de partidos democráticos? Parecería que no mucho.

Pero todavía hay una mosca en la sopa.

Desde que llegó al gobierno, Berlusconi persiguió un objetivo: cambiar las leyes que todavía podrían hacerlo presentar sus libros contables ante la Corte.

La velocidad y la determinación con que su gobierno ha actuado en eso, metiéndose con

las medidas diseñadas para hacer que las evidencias halladas en su contra en Suiza no se le puedan adjudicar de ninguna manera en Italia, intentando regresar al principio el caso de Ariosto y también retrasar un veredicto hasta después del límite de los estatutos son una medida de su temor de que podría recibir un golpe mortal por parte de los magistrados.

La manipulación de cuentas y la evasión de impuestos pueden suscitar un poco de censura en Italia.

Ante una consignación a gran escala de jueces corruptos podría ser más difícil encogerse de hombros.

Dado el historial de la justicia italiana hasta la fecha, pocos apostarían a su favor.

Pero no puede excluirse la sorpresa.

Para saber lo que podría venir habría que examinar qué le sucedió a la cultura política del país en la década pasada.

Ya hay personajes dirigentes de la oposición que han argumentado que no sería necesario que Berlusconi renunciara como primer ministro "después de todo fue electo democráticamente" incluso si se le encontrara culpable de sobornar a los jueces.

Una rebelión de la opinión pública en contra de tal complacencia es posible pero no segura.

La desmovilización ideológica, llamada por quienes la propusieron la Italia "normal", ha estado entre los frutos de la experiencia de la centro-izquierda.

Cerca de una cuarta parte del electorado se abstiene de expresar cualquier preferencia en las urnas.

Pero si Estados Unidos es tomado como modelo de normalidad, allí de todas maneras sólo la mitad de la población votaría, el signo más evidente de satisfacción popular con la sociedad tal como es.

Gramsci pensaba que Italia era la tierra de la "revolución pasiva".

Quizá esto compruebe el tipo correcto de oximorón para el nacimiento de la segunda república.

Su llegada no hizo surgir una nueva Constitución, ni racionalizó el sistema de partidos ni modernizó la justicia o arregló la burocracia en las formas que sus defensores esperaban que sucediera.

Pero ñy en esto podrían competir igualmenteñ la corrupción bajó de un grado intolerable en los 80 a los moderados niveles de los años 50 y 60; se hizo retroceder a la mafia, después de un fracaso en el campo de batalla, mediante formas de actividad más tradicionales e inofensivas; el Parlamento está por lo menos dividido ahora por las líneas convencionales

de gobierno y oposición; no hay grandes desacuerdos que hayan apartado las políticas de los principales partidos; la vida pública es cada vez menos apasionada.

¿No era justo la renovación pasiva que necesitábamos? Juzgada con estos estándares, la primera república, no obstante su descomposición, resurgió al final, con un mejor ambiente.

En su cima había un pluralismo genuino de opiniones y expresiones políticas, una participación enérgica en las organizaciones de masas y en la vida cívica, un intrincado sistema de negociaciones informales, una alta cultura muy sólida y una cantidad impresionante de movimientos sociales, de la que ningún país europeo de aquel periodo podría vanagloriarse.

El conflicto intelectual y la tensión moral produjo líderes de otra estatura.

En relación con eso ha habido una gran disminución.

Italia requiere de una administración honesta, servicios públicos decentes y un gobierno que cumpla; no hablar de trabajos para sus desempleados que el viejo orden falló en proporcionar.

Pero para crear esto, no se necesita destruir lo que han logrado.

La "normalidad" es un poco más que un ideal del conformismo provinciano.

Incluso ahora, no han desaparecido todos los rastros de este pasado mejor.

Aún persisten los impulsos de rebelión contra los peores aspectos del nuevo orden.

En el otoño de 1994, el movimiento sindical fue todavía capaz de las grandes movilizaciones que se daban en el país en la posguerra, poniendo a millones de personas en la calle para bloquear el primer intento de reforma de pensiones de Berlusconi.

En mayo del año pasado, los vacíos rituales del Grupo de los Siete fueron finalmente echados por tierra por multitudes de jóvenes que protestaban en las calles de Génova.

Sólo en Italia hubo una marcha de 300 mil, de Perugia a Asisi, contra la guerra de Afganistán.

Mientras los verdes franceses o alemanes se han anexo dolorosamente como hojas de parra o mesas del sandwich del status quo, Refundación sigue resistiendo tanto a la cerrazón sectaria como a ser absorbida.

De los tres diarios nacidos a partir de los movimientos radicales de 1968, siendo Liberation de París y Tageszeitung de Berlín desilusionantes parodias de su propósito original, Il Manifesto, acompañado de su publicación mensual, sigue estando firme.

El cine político contemporáneo más notable se apoya en el trabajo de Gianni Amelio.

Cualesquiera que sean los antecedentes de cada quien, las dos principales visiones de la globalización para la izquierda datan ambas de Italia, vía Norteamérica: *Empire and chaos* y *Governance in the modern world system*, creadas por Antonio Negri y Giovanni Arrighi.

La esperanza de la segunda república fue deshacerse de todo esto.

Pero al estandarizar una sociedad a expensas de su pasado siempre se corre el peligro de dar lugar a una violencia innecesaria.

¿De dónde, después de todo, proviene la idea de "normalización"? El término fue acuñado por Brezhnev por la invasión del Pacto de Varsovia a Checoslovaquia en 1968, diseñada para forzarlos a alinearse con el bloque soviético.

Sabemos cómo terminó.

Los esfuerzos contemporáneos para normalizar Italia han buscado reconfigurar el país a la imagen de Estados Unidos, o de la Europa hacia la que vamos.

Las presiones tras este proceso son incomparablemente grandes.

Pero sus resultados no son lo que quienes proponen tienen en mente.

Para que no haya demoras ¿no podría Italia encabezar la marcha hacia un futuro en común? Después de todo, en el mundo de Enron y Elf, Mandelson y Straus-Kahn, Hinduja y Gates ¿qué podría ser más lógico que Berlusconi? Quizá, como otros antes que él, los viajeros a la normalidad llegaron a su destino sin darse cuenta.

© London Review of Books, 1997-2002.

Traducción: Alicia García Bergua.